

tal punto exaltado y delirante, que se entretenía en hacer barricadas con zapatos, panecillos, fichas de dominó; en fin, con cuanto llegaba á sus manos, y luego se constituía en defensor de ellas.

Hoy mismo cuenta el actual partido anarquista entre sus afiliados con no pocas anomalías.

Y no están fuera de éstas los locos políticos que obran aislada y espontáneamente, atentando contra el jefe del Gobierno, y que son casi siempre un eco de indignación por la suerte de los partidos ó por las condiciones políticas ó religiosas de su tiempo.

Así es, por ejemplo, que cuando en Francia se enardecieron las luchas religiosas con Enrique III, Châtel atenta á la vida de éste; y Châtel era un loco que, después de confesar su delito, dice que la muerte del enemigo de la religión calmaba su conciencia, turbada por incestuosa idea contra su hermana y por irresistibles impulsos homicidas.

Al preguntarle que dónde había aprendido esa nueva teología que aconsejaba el asesinato, contestaba que la había deducido de las más altas ideas filosóficas; al registrarle se le encontraron tres billetes con el anagrama del Rey, y nueve folletos en que hacía la confesión de sus pecados, redactada en la forma preceptiva del Decálogo.

El fanatismo religioso fué también aparentemente una de las causas que armaron la mano de Ravillac contra Enrique IV; mas en el fondo, la causa no fué otra que el delirio de persecución.

Expulsado de un monasterio por *debilidad del cerebro*, y preso después por una falsa delación, según parece, tiene visiones, en las que se cree elegido para hacer cumplir la voluntad divina, que le impulsa á matar al Rey, por creer que los ejércitos de éste tenían orden de combatir al Papa.

Los mismos jueces que le interrogaron después de cometido el delito, le juzgaron, según refiere Mathieu, no como un miserable, sino como un *loco de carácter melancólico*, juicio que

no impidió que fuera sometido á un horrible suplicio, que él sufrió con entereza por su convencimiento de que el pueblo le estaría grandemente agradecido por el golpe que había dado.

Es un hecho notable que, al prenderle, se le encontraron gran número de escritos, y entre ellos una poesía alusiva á los conducidos al suplicio, escrita con no poco estudio, y seguramente para darla á conocer, pues las palabras que á su juicio retrataban de más enérgica manera y más fielmente el estado de ánimo del reo próximo á ser ejecutado, estaban escritas con mayor esmero y en letra distinta que el resto de la poesía, prueba inequívoca de la tendencia grafómana, confirmada, además, por la existencia de otra infinidad de escritos. Ravillac es una reproducción de cuanto se observó en Guiteau, y se le parece hasta en el detalle de decir que realizó el atentado por compasión hacia la Reina, del mismo modo que Guiteau perpetró el suyo por consideración á la mujer de Garfield, que le acompañaba en el momento de efectuarle, y por considerarse también elegido por la voluntad divina para cumplir sus altos designios.

El despotismo y el general descontento no fueron extraños en Inglaterra á los atentados contra Enrique III, de Margarita Nicholson, una loca que intentó herirle con un cuchillo, y del otro loco, Hatfield, que le disparó un tiro de pistola.

También en Inglaterra se dió el caso de Mooney, irlandés, á quien se declaró loco según informe de dos médicos forenses de New-York, que expresaba en el juicio su gran satisfacción por haber sido el primer irlandés que había molestado á los privilegiados con la dinamita.

Y, por último, un loco epiléptico ha estado á punto de ser bien recientemente la causa de la muerte de un gran político americano.

CAPITULO V.

SUICIDAS INDIRECTOS.

Quizás deban ser considerados algunos de estos extraños homicidios como suicidios indirectos; tal vez maten, ó mejor, intenten matar al jefe de un país, para dar así lugar á que les quiten una vida que aborrecen, al mismo tiempo que les falta el valor necesario para privarse de ella á sí mismos.

Recientes ejemplos tenemos en España de este género de regicidas: Oliva y Moncusi, colocado entre los reos políticos por pasión, por sus no pocos caracteres degenerativos, atentó á la vida del rey Alfonso XII sin que ningún hecho explicase tal delito, y menos con sentido revolucionario.

Era Oliva de índole rebelde y de mediano ingenio; se consagró á las matemáticas cuando su familia quería darle una educación literaria, y no agradándole después ni ésta ni aquellas, se dedicó sucesivamente á aprendiz de escultor, á tipógrafo, á obrero del campo, á tonelero, y finalmente, fué soldado, demostrando en algunas ocasiones bastante valor.

Empleado más tarde en una oficina, se dedicó con afición apasionada á la lectura de libros y periódicos ultraliberales, trabajando poco y mal. No pudiendo sufrir la vida del empleado ó del trabajador, tan contraria á sus gustos y aficiones, manifestó varias veces la idea de suicidarse, lo que hizo que su padre le diera algún dinero para que se marchase á Argelia, que le sirvió para ir á Madrid, donde cometió el atentado.

Otro caso de suicidio indirecto fué, según observan Maudsley, Esquirol y Krafft-Ebing, el de Nobiling, que en 1878, en Berlín, disparó contra el Emperador un tiro de fusil, intentando después suicidarse con la misma arma. Era Nobiling un hombre anormal, con muchos caracteres degenerativos (hidrocefalia, asimetría facial, que le colocan entre los demás reos

políticos notables por sus anomalías). Laureado en filosofía, se dedicó á la Economía rural práctica, y publicó un folleto sobre esta materia, por el que le emplearon en el Negociado prusiano de Estadística; mas habiéndosele encargado de un importante trabajo, resultó hasta tal punto inútil, que le dejaron cesante.

Obtuvo un empleo más modesto, y después viajó por Inglaterra y Francia, volviendo al cabo de algún tiempo á Alemania, donde no pudo sufrir ninguna ocupación estable. En estos momentos concibió el atentado, é inmediatamente al siguiente día le consumó.

Tenía un carácter tenaz y egoísta, y sus compañeros lo consideraban un incorregible, pero tranquilo soñador del espiritismo y de las doctrinas socialistas, que á veces les predicaba, por lo que le llamaban el *Petrolero* y el *Comunista*.

Cuando fué arrestado, declaró: Que había atentado contra el Emperador en la seguridad de que sería castigado con la pena de muerte, muerte que deseaba *porque los malos tratos de su patrón le habían hecho odiosa la vida*. Y en efecto, se ha probado que dos días antes del atentado le habían despedido del taller, y también que después de ser preso hacía grandes esfuerzos por agravar su situación, haciendo ver al delegado cómo había cumplido el programa republicano en que había escrito: *¡Muera el Rey, viva la República!*

En cuanto á su vanidad, bastará decir que rehusó en absoluto firmar el recurso de casación, y que, cuando supo que le habían indultado, no pensó en que había salvado la vida, sino en el efecto que produciría en el público.

Fratini, á quien recordarán los lectores por haber arrojado una bomba en la Plaza Colonna, causando algunos heridos, dijo en el proceso que no tenía intención de herir á nadie, y que le impulsó únicamente el deseo de protestar contra el actual estado de cosas, y que de todos modos se conformaba con haber asustado á la nobleza feudal! Mas el que intervino en su empresa criminal la desesperación de la vida, pruébanlo

los siguientes fragmentos, escritos por él, y que yo he podido adquirir por graciosa concesión que de ellos me ha hecho el ilustre Sighele:

"... ¡No es por mi libertad ni menos por mi vida por lo que temo, no!... que quitarme ésta sería el mayor beneficio que podría hacerme.

"... ¡No puedo, no puedo soportar esta vida de miseria y de vergüenza que me ha condenado á sufrir la sociedad sin causa legítima, sin saber si puedo ser útil y no nocivo á mis semejantes!

"... ¿Cómo no he de odiar á todo el mundo?..."

"Y ¿quién sacia el hambre? ¿El producto acaso de un trabajo que no encuentro, que nadie me da?... ¿Se me ha calificado de asesino porque no quise serlo verdaderamente... robando, ó porque no tuve valor para intentar el suicidio por segunda vez?..."

"... Los animales encuentran con qué alimentarse según su naturaleza y especie, porque ninguno de ellos roba el sustento á los demás, y es dueño de cuanto puede precisar para cubrir sus necesidades. La naturaleza ha creado la comunidad. De la usurpación ha nacido la propiedad privada. ¡He aquí el origen de nuestras fatigas!..."

Pero aun después de todo lo que llevamos dicho acerca del suicidio indirecto, ninguna prueba más segura de su intervención en el homicidio político que este singular documento psicológico, que debo á la cortesía de la Reina de Rumanía, que es al mismo tiempo insigne literata (Carmen Sylva) y aventajada investigadora científica, apta para comprender y abarcar los nuevos horizontes de la ciencia. He aquí dicho documento:

"Un rumano llamado C..., de treinta y ocho años, que estando condenado por homicidio fué indultado, atentó criminalmente á la vida del Rey, disparando un tiro desde la calle á la ventana de su habitación, que estaba iluminada; mas de tal modo hizo el disparo, que apenas sufrieron los cristales. Prac-

ticado un registro en casa del atentador, dió por resultado el hallazgo de varias fotografías en que está vestido de bandido, y entre ellas, una hecha seis meses antes de cometer el atentado contra el Rey, en la que aparece retratado en el momento de impedir su amante que se suicidara; intento de suicidio que, unido á la vanidad de retratarse en el momento en que le iba á consumir, constituyen una prueba evidente de que con anterioridad á su atentado regicida padeció una obsesión suicida, que explica el atentado mismo como un suicidio indirecto."

Henry y Vaillant son para mí suicidas indirectos—y aun el mismo Lega, que deploró no haber sido condenado á la pena de muerte;—y Caserio, que antes de cometer su crimen decía que "no le importaría gran cosa ser decapitado." Y Henry, que rehusó la excusa del abogado y de la madre, referente á la locura de su padre, diciendo á los jurados *que el oficio del abogado es defender, haya ó no razón, pero que él quería morir*, están también, á mi juicio, dentro de esa especie.

CAPITULO VI.

REOS POR PASIÓN.—CASERIO.

Gran influencia, sin duda alguna, tiene en estos delitos de que venimos ocupándonos, el fanatismo económico ó social, violenta pasión que puede excepcionalmente presentarse unida á la criminalidad, pero que aparece casi siempre pura y de un modo aislado; y ya he expuesto yo á este propósito, en mi *Delitto politico*, que estos delincuentes, impulsados á la consumación de un delito por pura pasión, constituyen por su honradez la más completa antítesis de los criminales natos.

Caracterízanse estos reos pasionales, no ya por la ausencia de los rasgos del tipo criminal, sino por tener, en oposición con él, una bella y simpática fisonomía, de amplia frente, bien conformada barba y apacible y serena mirada.

De 30 célebres nihilistas, presentan agradable fisonomía 18:

Perowskaja, Cyddofina, Helfmann, Bakounine, Lavroff, Stefanowich, Michailoff, Sassulich, Ossinski, Antonoff, Ubanoba, Vilaschenow, Icliahoff, Tschernyschewsky, Zundelewitch, Figuer, Presnacoff.

Entre las fisonomías de nuestros revolucionarios, cuyos retratos están en el Museo del Renacimiento Italiano ó en la colección de Damiano Muoni, recordamos las muy bellas de Dandolo, Poma, Porro, Schiaffino, Fabrizi, Pepe, Paoli, Fabretti, Pisacane y otras muchas.

De los revolucionarios franceses acuden á nuestra memoria las de Desmoulins, Barras, Brissot, Carnot, y sobre todo, la de Carlos Sand, extremadamente agradable y simpática.

SEXO Y EDAD.—Proporcionalmente á la escasa cuota que da para todos los delitos en general, el sexo femenino es el más predominante en esta clase de atentados, y sobre todo las mujeres de diez y ocho á veinticinco años.

Observa Régis (*Les régicides*, 1890) que casi todos los regicidas son muy jóvenes: Solowief, la Sahla, Chatel y Staaps, tenían diez y ocho años; Sand, veinticinco; La Renault, veinte; Barriére y Booth, veintisiete; Alibaud, ventiseis; Corday, veinticinco; Meunier, veintitrés; Moncusi, veintidos, y Otero, diez y nueve.

Desmarets escribe: "Pesuada la policía napoleónica de que el entusiasmo y la abnegación suelen ser atributos de la juventud, vigilaba cuidadosamente á los jóvenes de diez y ocho á veinte años." (*Témoignages, etc. Quinze ans d'haute police*, 1833)

CÓMPLICES.—Nunca tienen los reos de esta especie los cómplices que tan frecuentes son cuando se trata de criminales comunes. La torpe policía quiso encontrárselos á Sand, Passanante, Verger, Oliva y Moncusi, Nobiling, Ravillac y Corday; mas quedóse burlada, porque realmente no los tenían.

ATAVISMO.—En gran número de los regicidas ó reos por pasión que hemos citado, es hereditario el fanatismo patriótico ó político y el misticismo; así, por ejemplo, el padre de Carlo-

ta Corday y el de Orsini fueron fanáticos revolucionarios; el padre de Booth se llamaba Juanis Brutus y se había puesto él mismo el nombre de un revolucionario célebre, Welkasalscy; los padres de Guiteau y Nobiling eran exageradamente místicos ó piadosos; la madre de Staaps no hablaba de otra cosa que de los versículos bíblicos.

"Bruto—dice Plutarco—desciende de aquel J. Bruto que derrocó á los Tarquinos, y de Servilia, á cuya familia perteneció el tiranicida Servilio Ala."

PSICOLOGÍA.—Son siempre el modelo y la exageración de la honradez, de la moralidad y la virtud. Sand vivió y murió como un santo, hasta el punto de que el lugar en que sufrió el suplicio fué bautizado por el pueblo con el nombre de "Prado de la ascensión al cielo, de Sand" (*Sand Himmels fortweise*).

Refiriéndose al nihilista Lisogub, escribe Stepniak que siendo millonario vivía como un pobre, para repartir su dinero entre sus correligionarios, y tan austera y tan humilde era su vida, que los amigos hacían grandes esfuerzos para que mejorara su método de vida, pues temían que tantas privaciones le pudiesen acarrear una enfermedad.

Carlota Corday poseía una alma afabilísima, un aspecto gentil, y era un modelo de mujer intachable por todos conceptos; pasó su juventud entre los estudios históricos y filosóficos, aficionándose en extremo grado á la lectura de Plutarco, Montesquieu y Rousseau.

La arrebatadora elocuencia de algunos prófugos Girondinos, y tal vez un secreto amor por alguno de éstos, la impulsó á abrazar férvidamente su causa; asistió á aquella sesión de la Convención en que fueron condenados á muerte los Girondinos, y entonces se decidió á destruir al culpable de tal condena.

Al preguntarla cómo era posible que siendo una mujer débil é inexperta hubiese podido sin cómplices herir de muerte á Marat, "La ira y el veneno, respondió (y con esto demostró la violenta pasión que la dominaba), habían llenado mi cora-

zón, y éste me guió para llegar al suyo." (D'Abrantés, *Vita e ritratti di donne celebri*, 1838).

Cuando Sassulich fué absuelta por los tribunales del atentado contra el capitán Trepoff, confesaba después de la absolución que la lectura de la sentencia la había impresionado tristemente, porque, una vez condenada, la hubiese confortado el ánimo el pensamiento de haber hecho por la buena causa todo cuanto había podido hacer. Les decía á los jurados: "*Es cosa monstruosa alzar la mano contra un hombre, lo sé; mas quiero probar que es imposible dejar impune tan gran infamia* (el apalear á los reos políticos), *y quiero fijar la atención de todos sobre este hecho, para impedir que se renueve.*" Late en estas palabras meritoria y honrada pasión, que impresionó favorablemente á cuantos las oyeron.

A estos rasgos de carácter hemos de añadir la necesidad ó el vivo deseo que todos tienen de sentir el dolor, de sufrir: "*el sufrimiento es una buena cosa,*" dice un héroe político de Dostojewsky; el dolor es dulcísimo cuando se padece por una gran idea; mas lo es también muchas veces en que no existe ésta, como, por ejemplo, cuando se ama á alguien con el solo fin de sufrir y proteger al sér amado. Esta complacencia del dolor se encuentra frecuentísimamente en todos los místicos, que se flagelan y llevan sobre la carne punzantes cilicios, que se la desgarran; y esta misma complacencia para el sufrimiento explica el heroísmo de los nihilistas y el de los mártires cristianos, que sacrifican su libertad y sacrifican su vida por servir á una causa que en su mente aparece rodeada de un nimbo de grandeza y sublimidad.

Una de las complicadas en el proceso de los 50 de San Petersburgo, moribunda por tuberculosis, improvisó ante sus jueces una poesía que basta ella sola para demostrar cuán profundamente arraigada estaba en el pecho de la infeliz la pasión del martirio. "Apresuráos, jueces, apresuráos á juzgarme antes que á los demás; ¡terrible y sin excusa es mi delito! Vestida de rústico algodón, cometiendo el pecado de andar sin zapa-

tos, me encontraba yo allí donde gimen nuestros hermanos, allí donde la miseria y el trabajo son eternos. Mas, ¿para qué más palabras ni más discursos? ¿No soy yo sobre todos reo convicto? ¿No soy yo la personificación del delito? Con el cuerpo envuelto aún en vestidos de algodón, con los pies desnudos, con las manos callosas, estoy destruída por el penoso trabajo, y la prueba más grave contra mí la llevo en el amor á mi país. Pero por muy culpable que sea, por muy culpable que haya sido, sois impotentes vosotros, mis jueces, para castigarme; sí, impotentes; soy inaccesible á toda pena, porque *tengo una fe* que no tenéis vosotros, en el triunfo de mis ideas. Podéis, es verdad, condenarme á seguir arrastrando esta vida; mas ¿qué importa? Pronto mi mal me llevará al sepulcro. Yo muero, *lleno el corazón de un infinito amor*, y hasta los mismos verdugos, derribando la puerta de mi prisión, prorrumpirían en sollozos, rogando por mi vida."

Renán atribuye el influjo del cristianismo, tanto ó más que al genio y predicaciones de Cristo y de sus precursores los Esenios, á la verdadera pasión por el martirio de sus secuaces; pasión tan grande, que logró convertir á muchos, Justino y Tertuliano entre ellos, por el solo hecho de que presenciaron el indomable valor de los mártires.

"En la destrucción de Babilonia, en Persia—escribe Renán—se vieron personas que, sin casi pertenecer á la secta, se denunciaban á sí mismas para unirse á los afligidos. Es tan dulce al hombre sufrir por algo, que en muchas ocasiones el atractivo del martirio basta para hacer creer.

"Se dió en aquel tiempo, en el camino y en el bazar de Teheran, un espectáculo que jamás olvidará la humanidad. Aún hoy, cuando se reflexiona sobre él, puede juzgarse la admiración, unida al horror, que la muchedumbre experimentó, y que los años y los siglos no han podido extinguir.

"Cuando uno de los torturados caía y se le hacía levantar á latigazos, por poca fuerza que le hubiese dejado la pérdida de la sangre, que le bañaba todo el cuerpo, bailaba y gritaba con

creciente entusiasmo: "En verdad que á Dios pertenecemos y á él volvemos." Si algún joven espiraba, los verdugos arrojaban el cadáver á los pies del padre ó de la hermana, quienes le hollaban intrépidamente, sin mirarle dos veces siquiera. Al llegar todos los acusados al lugar del suplicio, se les ofrecía de nuevo la vida, si abjuraban; ocurriósele al verdugo amenazar á un padre con cortar sobre su propio pecho la cabeza de dos hijos que tenía, si no abjuraba. Los dos niños, el mayor de catorce años, estaba oyendo atentamente el diálogo, y cuando el padre contestó, arrojándose á tierra y presentando el pecho, que estaba pronto á recibir sobre sí la cabeza de sus hijos, el mayor de éstos, reclamando con ímpetu y exaltación crecientes los derechos de primogenitura, quería ser el primer sacrificado."

De este amor al martirio nace la profunda convicción que tienen los reos por pasión del beneficio y utilidad de sus actos, convicción que no sólo les mantiene impávidos frente al suplicio (Parry, Staaps, Corday, Gérard), sino que excluye todo arrepentimiento, sin que por ello pueda confundírseles con los criminales vulgares, en quienes la indiferencia por la vida y la ausencia del arrepentimiento tienen su causa en la falta de sentido moral; y que no puede confundírseles, pruébalo que conservan en la impenitencia, la modestia y la delicadeza inherentes á toda su vida.

En estos mismos días, el fanatismo y la pasión han armado la mano de algunos de nuestros anarquistas, en cuya vida no se encuentra una sola mancha. Bien es verdad, sin embargo, que á la pasión se asociaba una neurosis hereditaria.

Así, Nobiling y Booth eran hijos de suicidas; Sand tuvo accesos de melancolía suicida; Haillaraud, que intentó matar á Bazaine para vindicar el honor de Francia, tenía insuficiencia aórtica, parálisis del brazo derecho y convulsiones epileptoides, como igualmente las tenía La Sahla, que intentó matar á Napoleón para dar paz al mundo, y que murió atáxico. (Régis, *Les régicides*, 1890).

CASERIO.—Caserio es un admirable ejemplo de reos políticos por pasión.

Su familia está compuesta de padre, madre y de ocho hermanos, todos sanos, entre los que es Santos el penúltimamente nacido.

Su padre, campesino, ejercía el oficio de barquero en el Ticino; era un hombre excelente, amable á toda prueba, nacido en 1836 y muerto en 1887. Siendo joven, en 1848, fué arrestado por los austriacos que guardaban los confines del Ticino, y encerrado en la iglesia de San Rocco como contrabandista. Parece ser que los austriacos le amenazaron con la muerte, y fué tan grande el espanto y el terror del infeliz, que desde aquel momento fué presa de ataques epilépticos; mas, sin embargo, esa epilepsia, que en él apareció á los doce años, tenía ya su fundamento en una tendencia hereditaria, quizás pelagrosa, pues tenía dos hermanos, tíos, por tanto, de Caserio, indigentes todavía hoy en Mombello, atacados de pelagra maniática, y nada tendría de extraño, porque además es muy común esa enfermedad en Motta-Visconti, donde yo mismo he puesto en curación á gran número de atacados cuando estuve en Pavia.

En cuanto á la fisonomía de Caserio, según puede verse en su retrato, publicado en *L'Illustrazione Italiana* (Junio de 1894), no presenta ningún rasgo del tipo criminal, salvo la pequeña depresión de la barba, la exagerada longitud de las orejas, y el desarrollo excesivo de los arcos superciliares: su mirada es dulce y afable, las líneas de su cabeza y su cuerpo son perfectas y bellísimas, salvo un pequeño defecto en un brazo. De las pocas noticias que se tienen de su vida, parece resultar que su criminalidad no se ha manifestado más que en la política, y que en su niñez no tuvo tendencias criminales, si se exceptúa la vagancia y la afición de abandonar su casa, hecho raro en un país en que el hombre está sujeto á la tierra.

"Mi hermano concurrió de pequeño á la escuela del pueblo, dice su hermano, mas sin que en ella aprendiera nada; su carácter ha sido siempre reservado y melancólico, y pocas ó nin-